

LEYENDA DE LOS SOLES

La cultura náhuatl formó una rica literatura mediante la cual transmitía en plenitud su concepto del mundo, de sus divinidades, de los hombres y su origen, y de sus valores tradicionales y las creaciones de su fantasía. Esa literatura se ha conservado en parte, pese a la continua destrucción de que ha sido víctima. Buena parte de ella contiene relatos míticos referentes al principio del cosmos, las fuerzas naturales divinizadas, la cual revela la intensa actitud épica de la imaginación creadora del pueblo náhuatl, dotado de una inmensa capacidad poética envuelta de ficciones.

El texto conocido como *Leyenda de los Soles* forma parte de una serie de poemas sacros que se cantaban en el Calmecac y es revelador del mito cosmogónico más importante del pueblo náhuatl. Este texto fue recogido de viejos informantes hacia 1558, mas su origen y antigüedad van muy atrás, hacia remotas épocas.

La literatura náhuatl, manantial inagotable para reconstruir y recrear poesía o historia de remotos ancestros, al igual que la literatura maya quiché, no han sido estudiadas con rigor metódico, conocimiento y capacidad sino hasta hace pocos años. Los mejores trabajos en este aspecto son los múltiples de Ángel María Garibay K, *La literatura de los aztecas*, México, Joaquín Mortiz, 1964, 138-[41] p., (*El Legado de la América Indígena*) y en forma muy especial su magna *Historia de la Literatura Náhuatl*, 2 v. México, Editorial Porrúa, S. A., 1953-54, y el de Miguel León Portilla, *Las Literaturas precolombinas de México*, México, D. F., Editorial Formaca, S. A., 1964, X-205 p. (Colección Formaca 5). A León Portilla débese maduro estudio acerca del pensamiento náhuatl; *La filosofía Náhuatl estudiada en sus fuentes*, 2a. ed. México, Universidad Nacional de México, 1959, (Seminario de Cultura Náhuatl). La primera edición es de 1956 del Instituto Indigenista Interamericano. Otra útil referencia de este autor: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, 200 p. ils.

Fuente: *Épica Náhuatl. Divulgación literaria*. Selección, introducción y notas de Ángel María Garibay K. México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1945. LIV-157-[51] p., ils. (Biblioteca del Estudiante Universitario 51). p. 11-22.

LA LEYENDA DE LOS SOLES

Es de noche; aún no brilla el sol, aún no hay aurora. Se reunieron los dioses, se juntaron en consejo allá donde es ahora Teotihuacan. Unidos, se dijeron: "La, dioses, venid acá, ¿quién toma a su cargo, quién se echa a cuestras el oficio de ser sol, de hacer aurora?" Entonces el que habla y se presenta delante es el Dios del Caracol. Dijo a los dioses: "¡Dioses, séren yo!" Una vez más hablaron los dioses y dijeron: "¿Quién otro más?" Inmediatamente juntos todos se miran unos a otros, se detienen en mirarse unos a otros, unos a otros se dicen: "¿Cómo ha de ser esto? ¿Cómo hemos de ser nosotros?"

Nadie se atrevía a ofrecerse como otro más; antes, todos tienen miedo, retrocedían, y ni uno solo se presentaba delante.

Había uno lagado de su cuerpo que estaba atento, prestando oído, en tanto que se hacía la discusión. A ese mismo al momento llamaron los dioses: "¡Eh, Purulento, tú serás el otro!" El, de buen grado acató el mandato, con toda voluntad lo acogió diciendo: "Bien está, dioses, una gran merced me habéis hecho." Entonces se pusieron a hacer penitencia: por cuatro días ayunaron el Purulento y el Señor del Caracol. Fue entonces cuando se encendió el fuego. Ya arde allá el fogón, el fogón que llaman Roca de los Dioses. Los instrumentos de penitencia del señor del Caracol eran todos de gran precio: en vez de ramas de abeto, tenía plumas de quetzal; en vez de bola de grama para clavar las espinas, tenía una bola de oro; en vez de espinas comunes, tenía espinas de jade, y la sangre coagulada, la sangre sucia que queda en la herida, era coral, y el incienso que ofrecía, el más rico de los inciensos. En cambio, el Purulento en vez de ramas de abeto, tenía carrizos verdes; brotes de caña verdes, recogidos en manojos, gavillas diversas atadas, todas ellas nueve, por estar de tres en tres; en lugar de bolas de grama, tenía bolas de hoja seca de pino y sus espinas de sacrificio con que se sacaba sangre eran verdaderas espinas de maguay, y lo que salía al sangrarse, era en realidad su propia sangre, y en lugar de incienso ofrecía la raedura de sus llagas mismas.

A uno y a otro se le hizo una montaña, en la cual estuvieron haciendo su penitencia por espacio de cuatro días con sus noches. Cuando llegó a su término la cuarta noche de penitencia, fueron a arrojar luego, fueron a echar lejos de sí sus ramas de abeto y todo aquello con que habían estado haciendo su penitencia. Esto se hizo al llegar el remate de su

penitencia, cuando llegada la noche tenían que entregarse a su oficio, habían de mudarse en dioses. Cuando la noche llegó, las topas les distribuyeron, ya los atavían, ya los engalanaban. Al Señor del Caracol le dieron un morrión de blancas plumas de garza, de forma cónica, y su almilla de rica tela; pero al Purulento, solamente le dieron papel; una peluca de papel con que ceñir su cabeza, una tiara de papel y un braguero de papel.

Llegada así la medianoche, todos los dioses se pusieron en torno del fogón que llaman Roca de los Dioses, en el cual por cuatro días había estado ardiendo el fuego. Se pusieron de ambas partes, se pusieron en dos filas, y en medio colocaron, hicieron parar a los dos, al llamado Señor del Caracol y al llamado Purulento. Los pusieron con el rostro dirigido hacia el fuego, los pararon con la cara vuelta hacia el fuego del fogón. Entonces alzan la voz los dioses y al Señor del Caracol dijeron: "¡Ea, pues, Señor del Caracol, échate, arrójate al fuego!" Él va inmediatamente a arrojarse dentro del fuego; pero cuando llegó ante él, el ardor era insoportable, insufrible, intolerable, como que por mucho tiempo el fogón había estado ardiendo, se había hecho un fuego abrasador, había un hacinamiento de ascuas. El entonces sintió miedo, se detuvo a medio camino, retrocedió, volvió atrás. Y va otra vez a lanzarse, haciendo todo el esfuerzo para arrojarse con ímpetu, para dar consigo en el fuego; pero no pudo atreverse a ello. No bien hubo llegado a él el ardor de la fogata, no pudo menos que retroceder y echarse a huir; ¡no lo podía soportar! Cuatro veces hizo lo mismo y otras tantas no pudo sufrir el fuego. No pudo arrojarse al fuego, por fin. Y solamente cuatro veces se permitía hacer la prueba.

Cuando tal cosa vieron los dioses, luego gritaron al Purulento: "Ahora tú, ahora es tu turno, Purulentillo; anda pues." El Purulento hizo un ímpetu y de un solo empuje se lanzó atrevido, hizo violencia a su corazón y cerró los ojos para no sentir el miedo; por nada se amedrentó, no se detuvo en la carrera, no volvió atrás, sino que al punto se dejó caer, de una vez se lanzó impetuosamente al fuego. En un momento se abrasa en llamas, estrepitosamente chisporrotea y resplandece mientras arde, su carne en el fuego cruje. Cuando el Señor del Caracol vio al otro que ya estaba ardiendo, también él se lanzó al momento y también se abrasó en llamas.

Y es fama que entonces entró también el Aguila al fuego, se fue en pos de ellos, se abalanzó al fuego, en el fuego se

metió, y se quemó enteramente: por esto tiene el plumaje todo oscuro y quemado. Y también se metió el Tigre, pero no se quemó mucho cuando en el fuego cayó: solamente se chamuscó, se pintó con el fuego, no del todo se quemó, a medias sintió los efectos del fuego: por esto solamente tiene la piel manchada, como teñida de tinta; manchado en parte y salpicado de color negro. Y dicen que desde entonces se tomó de ahí la ley de llamar y dar nombre a los valientes en la guerra: Aguila-Tigre. Primero se menciona el Aguila, porque ella fue la primera en lanzarse al fuego y sólo entonces el Tigre la siguió y por esto en una voz se llama el guerrero valiente Aguila-Tigre.

Cuando al fuego se hubieron arrojado ambos, enteramente ardieron hasta consumirse. Entonces los dioses todos se sentaron a esperar por dónde había de salir el sol, para dar ser a la aurora. Cuando hubo pasado largo tiempo de que así estuvieron esperando, comenzó a enrojarse el cielo, por todas partes rodeaba el horizonte la aurora, la claridad de la luz. Dicen que entonces los dioses todos se arrojaron para esperar por qué rumbo había de salir el que se había convertido en sol. A todos lados miraban, por todas partes fijaban la vista. Estaban en círculo dando vuelta. No tenía concierto su palabra, no convenían en su razonamiento, nada de lo que decían resultaba verdadero. Unos pensaban que por el Norte habría de salir y hacia allá tenían el rostro; otros pensaron que por el Poniente, o por el Sur, y en estos puntos fijaban la vista. Por todos los puntos opinaron que saldría, como que por todo el rededor estaba la claridad envolviendo al cielo.

Unos hubo que estuvieron mirando hacia el Oriente y dijeron: "Por aquí precisamente tiene que salir, por allí ha de salir el sol." Verdadera y mucho fue su palabra de quienes allá miraron y allá con el dedo señalaron. Los que veían al Oriente eran el Dios del Viento, Nuestro Señor el del Anillo, el Señor del Espejo Rojo Humeante, y también las Serpientes de Nube, que no pueden ni numerarse, tantas son. Cuatro mujeres también: Nuestra Hermana la Mayor, la Hermana que le sigue, la Tercera y la Hermana postrera.

Y al fin salió el Sol, al fin se puso delante, rojo enteramente, cual si de color hubiera sido teñido. Una vez salió, se estuvo contoneando de un lado a otro. Nadie podía verle el rostro, mortificaba los ojos, mucho resplandecía y lanzaba de sí rayos. Su irradiación llegó a todas partes, a todas partes

penetró su calor. En pos de él salió el Señor del Caracol, y le iba siguiendo en el mismo punto del Oriente, al lado del que en sol se había mudado. Tal como habían caído en el fuego, el uno en pos del otro, así del fuego salieron, siguiendo el uno al otro. Y, según la fama narra, la luz de ambos era igual. Cuando los dioses miraron que era igual el resplandor con que ambos rebolcían, otra vez hicieron consejo entre sí y dijeron: "¿Cómo ha de ser? ¿Cómo ha de hacerse esto? ¿Acaso los dos unidos irán siguiendo el camino? ¿Acaso han de rebolcar con igual luz ambos?" Y todos los dioses dieron la sentencia: "¡Sea, hágase esto!" Entonces uno de ellos salió corriendo, hirió la cara del Señor del Caracol, dándole con un conejo, y así le estragó la cara, la hirió tal cual hoy se mira.

Cuando los dos se presentaron a la vista, tampoco podían moverse, no podían seguir su ruta, sino que permanecían en pie fijos, estaban parados, sin ánimo de moverse. Por esto de nuevo los dioses dijeron: "¿Cómo vamos a vivir? No se mueve el Sol, ¿hemos de vivir tal vez confundidos con los hombres? No, que ellos resuciten, aunque nosotros muramos. Que medren y suban, aunque muramos todos." Entonces el Dios del Viento se puso a hacer su oficio y dio muerte a todos los dioses. Un dios hubo, sin embargo, que, como la fama cuenta, se resistía a morir. Era Xólotl, que decía: "¡Oh dioses, que yo no muera!" Y entre tanto lloraba, lloraba tanto que los ojos se le inflamaron, se le hincharon los párpados. Y cuando a él llegó la Muerte, él se lanzó a huir corriendo ante ella. Se escabulló y fue a refugiarse entre las matas del maíz verde. Allí tomó el aspecto y la forma de una caña, en caña doble se convirtió, de las que tienen doble tallo, y se llama por esto Doble-Labrador. Pero, visto entre las matas, otra vez se echó a huir frente a su perseguidor, y se fue a meter entre los magueyes, y también se convirtió en maguey de doble corazón, por lo cual se llama Doble-Maguey. Pero aun allí fue visto y de nuevo huyó y se fue a meter en el agua, y se convirtió en ajolote: pero al fin allí le atraparon y le dieron muerte.

Cuenta la fama que aunque los dioses todos habían muerto, ni por eso el Sol anduvo, no pudo seguir su camino el Dios Sol, y entonces el Dios del Viento se puso a hacer su oficio. Se irguió e hizo grande esfuerzo, con su viento hizo un enorme ímpetu: al fin se movió el Sol y comenzó a andar su ruta. Y en tanto que él seguía su camino, la Luna quedó allá detenida. Cuando entró el Sol su entrada por la tarde,

entonces salió la Luna. De esta manera se apartaron, hicieron derrotero diverso cada vez que han de salir. Todo el día dura el Sol y la Luna por la noche. De noche ejerce su oficio, por la noche es su trabajo. Y ella debiera haber sido el Sol, pues fue quien se presentó primero y las cosas que ofrecía eran todas de gran precio.

Luchando estaban en guerra los otomíes con los popolocas. Para mostrar la grandeza de su dios pidieron los otomíes a los popolocas que hicieran tres señales de esa grandeza. Que en la llanura apareciera una ciudad y al momento desapareciera. Así fue hecho. Que aparecieran dos ejércitos que luchaban, formados de innumerables hombres, y de los cuales morían muchos, y que, al querer-ellos, desaparecieran. Así fue hecho. Y en tercer lugar, que al mediar la tarde, el Sol se detuviera en su carrera. Para este fin enviaron los popolocas un mago suyo, el cual volando por los aires fue a presentarse al Sol y éste le preguntó a dónde iba y qué quería. El mago respondió: "Vengo a pedirte que tú te detengas, pues nuestros enemigos deben quedar vencidos." El Sol le respondió: "Detenerme yo no puedo; soy un gran dios, y hay muchos dioses que me esperan adelante de mi camino. Tengo que ir de prisa para darles alcance, para ver qué hacen. Pero para que vengáis a vuestros enemigos, y veáis que yo os tengo en mucho, toma estas mis barbas, que son lo que yo más amo, y di a esos perversos que si dan batalla contra vosotros, los venceréis, y si ellos vencen, yo los destruiré a todos." Regresó el mago con las barbas del Sol y con sólo verlas los enemigos huyeron espantados. Eran largas, rojas y gruesas.

Cuantos morían en la guerra, o en el altar del sacrificio, iban a la casa del Sol. Todos andaban unidos en una inmensa llanura. Cuando el Sol va a aparecer, cuando es tiempo de que salga, empiezan ellos, entonces, a lanzar gritos de guerra, hacen resonar los cascabeles que llevan en los tobillos y a golpear sus escudos. Si su escudo está perforado por dos o por tres flechas, por aquellas hendeduras pueden contemplar al Sol; pero aquellos cuyo escudo no tiene abertura alguna, no pueden mirar al Sol; no pueden fijar sus ojos en el rostro del Sol. Cuantos cayeron muertos entre magueyes y cactus, entre espinosas acacias, y cuantos han ofrecido sacrificios a los dioses, pueden contemplar al Sol, pueden llegar hasta él.

Cuando han pasado cuatro años se mudan en bellas aves: colibríes, pájaros moscas, aves doradas con huecos negros alrededor de los ojos, o en mariposas blancas relucientes, en

mariposas de fino pelambre, en mariposas grandes y multicolores, como los vasos de beber, y andan libando allí en el lugar de su reposo, y suelen venir a la tierra y liban en rojas flores que semejan sangre: la poinsetia, la eritrina, la carolina, la caliandra.

Y las mujeres que mueren en guerra, o mueren en el primer parto, son igualadas a los guerreros que cayeron en el campo de batalla. Todas van a la casa del Sol, todas moran en el Poniente. Cuando el Sol por la mañana sale, le van siguiendo y agasajando y festejando los valientes guerreros hasta llegar al mediodía. Allí salen a su encuentro las mujeres, ataviadas con sus armas y le van acompañando con gran regocijo y fiesta. Le llevan en unas andas hechas de plumas de quetzal y cubiertas con un dosel de plumas; entre ricas plumas le llevan. Y en tanto que los guerreros van a libar flores en la tierra, ellas van voceando alegres, haciendo alarde de guerra y festejo grandioso hasta llegar al ocaso, en donde dejan al Sol y vienen los moradores de la región de la muerte a recibirle. Ellas se esparcen por las sombras de la noche a infestar al mundo.

HERNAN CORTES

Nació en Medellín, Extremadura, en 1485.
Murió en Castilleja de la Cuesta, el 2 de diciembre de 1547.

Conquistador de Nueva España, capitán valeroso, estadista y civilizador. Su astucia e inteligencia le ayudaron en su labor de dominio aun cuando no escapó a la crueldad y a la ambición.

Para informar al Emperador de sus hazas, sincerarse con él y obtener beneficios escribió sus *Cartas de Relación*, preciosos testimonios de la epopeya conquistadora y gala de las letras españolas. Nacidas de un particular interés, la crítica histórica tiene que deslindar en ellas lo verdadero de lo no auténtico.

Las cartas fueron escritas: la primera el 20 de julio de 1519 en la Villa Rica de la Vera Cruz; la segunda el 30 de octubre de 1520 desde Segura de la Frontera (Tepaca); la tercera el 15 de mayo desde Coyoacán; la cuarta el 15 de octubre de 1524 desde Tenochtitlan y la quinta de ahí mismo el 3 de septiembre de 1526.

Sobre el Conquistador, político y hombre de estado existe abundosa bibliografía, recogida por José Toribio Medina, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*. Obra postuma. Introducción de Guillermo Felín Cruz, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1952, CXXX-243 p. Il., así como la de Henry Harris, *Bibliography of Cortés and the Conquest of Mexico*, New York, 1886, que apareció por vez primera dentro de su *Bibliotheca Americana Velutissima*, París, Librairie Troes, 1872.

Buenos estudios acerca de Cortés: Carlos Pereyra, *Hernán Cortés, Madrid*, M. Aguilar, 1931. José Vasconcelos, *Hernán Cortés, Creador de la Nacionalidad*, México, Ediciones Xóchitl, 1944. (Vidas mexicanas). Un tomo de *Estudios Cortesianos*, recopilados con motivo del IV centenario de la muerte de Hernán Cortés (1547-1947), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, 617-121 p. Il., así como seis volúmenes publicados por la Sociedad de Estudios Cortesianos, uno de los cuales que más interesa aquí es el de Manuel Alcalá, *César y Cortés*, México, Editorial Jus, 1950, 252 p., Il. (Sociedad de Estudios Cortesianos 4.)

Sus *Cartas de Relación* han sido publicadas en una edición facsimilar, *Cartas de Relación de la Conquista de la Nueva España y otros documentos; Codex Vindobonensis 1600*. Presentación de J. Simevoli; introducción y bibliografía de Ch. Gibson; descripción de Unterbrucher, Graz, 1960. Una edición hipertextual de las mismas, pero con valiosas aportaciones, es la de Eulalia Guzmán: *Relaciones de Hernán*

Cortés a Carlos V, sobre la invasión de Anáhuac. Aclaraciones y rectificaciones, México, Libros Anahuac, 1958, CXXVIII-549 P., fols., mapas, facs., cuadros.

Fuente: Hernán Cortés, *Cartas de Relación de la Conquista de México*. 2 v. 5a. ed. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1942, 197-111.

LA GRAN TENÓCHTITLÁN

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este otro capítulo dije, me parece, para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de Méjico, que es donde esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas y donde está el principal señorío de Mutezcauma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano de ella terná en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. E la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano que entre estos cerros y las sierras altas se hace; el cual estrecho terná un tiro de ballestas, y por entre la una laguna y la otra, e las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. E porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar, todas las crecientes corre el agua de ella a la otra dulce, tan recio como si fuese caudaloso río, y, por consiguiente, a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitlán está fundada en esta laguna salada, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de estas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho en trecho, están abiertas, por donde atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas abertu-

ras que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de a caballo juntos a la par. Y viendo que si los naturales de esta ciudad quisiesen hacer alguna traición tenían para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían dejar morir de hambre sin que pudiésemos salir a la tierra, luego que entré en la dicha ciudad di mucha prisa a hacer cuatro berganines, y los hice en muy breve tiempo, tales que podían echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiésemos. Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas, comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y de plata, de plomo, de latón, de cobre, de estano, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza, donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdicés, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves de estas de rapina venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicinas hechas, así potables como unguentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas, y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, muerzo, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarinas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abejas y

cera y miel de cañas de maíz, que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas *maguey*, que es muy mejor que arropé, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha más cantidad. Venden colores para pintores cuantas se pueden hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza, en gran manera muy buena; venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas o las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el pan, a todo lo de las otras islas y Tierra Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho, en gran cantidad; venden tortillas de huevos hechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la proflijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entremetan otra mercadería ninguna, y en esto tienen mucha orden. Todo lo venden por cuenta y medida, excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso. Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están sentados siempre diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delincuentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Hay en esta gran ciudad muchas mezquitas o casas de sus ídolos, de muy hermosos edificios, por las colocaciones y barrios de ella, y en las principales de ella hay personas religiosas de su secta, que residen continuamente en ellas; para los cuales, demás de las casas donde tienen sus ídolos, hay muy buenos aposentos. Todos estos religiosos vistien de negro y nunca cortan el caballo, ni lo peinan, desde que entran en

la religión hasta que salen, y todos los hijos de las personas principales, así señores como ciudadanos honrados, están en aquellas religiones y hábito desde la edad de siete u ocho años hasta que los sacan para los casar, y esto más acaece en los primogénitos que han de heredar las casas que en los otros. No tienen acceso a mujer ni entra ninguna en las dichas casas de religión. Tienen abstinencia en no comer ciertos manjares y más en algunos tiempos del año que no en los otros; y entre estas mezquitas hay una, que es la principal, que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza y particularidades de ella; porque es tan grande, que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podía muy bien hacer una villa de quinientos vecinos. Tiene dentro de este circuito, toda a la redonda, muy gentiles aposentos, en que hay muy grandes salas y corredores, donde se aposentan los religiosos que allí están. Hay también cuarenta torres muy altas y bien obradas, que la mayor tiene cincuenta escalones para subir al cuerpo de la torre; la más principal es más alta que la torre de la iglesia mayor de Sevilla. Son tan bien labradas, así de cantería como de madera, que no pueden ser mejor hechas ni labradas en ninguna parte, porque toda la cantería de dentro de las capillas donde tienen los ídolos es de imaginería y zaguizamies, y el maderamiento es todo de mazonería y muy picado de cosas de monstruos y otras figuras y labores. Todas estas torres son enterramiento de señores, y las capillas que en ellas tienen son dedicadas cada una a su ídolo, a que tienen devoción.

Hay tres salas dentro de esta gran mezquita, donde están los principales ídolos, de maravillosa grandeza y altura, y de muchas labores y figuras esculpidas, así en la cantería como en el maderamiento, y dentro de estas salas están otras capillas que las puertas por do entran a ellas son muy pequeñas, y ellas asimismo no tienen claridad alguna, y allí no están sino aquellos religiosos, y no todos; y dentro de esta están los bultos y figuras de los ídolos, aunque, como he dicho, de fuera hay también muchos. Los más principales de estos ídolos, y en quien ellos más fe y creencia tenían, derroqué de sus sillas y los hice echar por las escaleras abajo, e hice limpiar aquellas capillas donde los tenían, porque todas estaban llenas de sangre, que sacrifican, y puse en ellas imágenes de nuestra Señora y de otros santos, que no poco el dicho Muzezuma y los naturales sintieron; los cuales primero me dijeron que no lo hiciese, porque si se sabía por las comuni-

dades se levantarían contra mí, porque tenían que aquellos ídolos les daban todos los bienes temporales, y que dejándolos maltratar se enojarian y no les darían nada, y les sacarían los frutos de la tierra, y moriría la gente de hambre. Yo les hice entender con las lenguas cuán engañados estaban en tener su esperanza en aquellos ídolos, que eran hechos por sus manos, de cosas no limpias, y que habían de saber que había un solo Dios, universal Señor de todos, el cual había criado el cielo y la tierra y todas las cosas, e hizo a ellos y a nosotros, y que éste era sin principio e inmortal, y que a él habían de adorar y creer, y no a otra criatura ni cosa alguna; y les dije todo lo demás que yo en este caso supe, para los desviar de sus idolatrías y atraer al conocimiento de Dios-nuestro Señor; y todos, en especial el dicho Mutezuma, me respondieron que ya me habían dicho que ellos no eran naturales de esta tierra, y que había muchos tiempos que sus predecesores habían venido a ella, y que bien creían que podrían estar errados en algo de aquello que tenían, por haber tanto tiempo que salieron de su naturaleza, y que yo, como más nuevamente venido, sabría mejor las cosas que debían tener y creer, que no ellos; que se las dijese e hiciese entender, que ellos harían lo que yo les dijese que era lo mejor. Y el dicho Mutezuma y muchos de los principales de la ciudad estuvieron conmigo hasta quitar los ídolos y limpiar las capillas y poner las imágenes, y todo con alegre semblante, y les defendí que no mátasen criaturas a los ídolos, como acostumbraban; porque, demás de ser muy aborrecible a Dios, vuestra sacra majestad por sus leyes lo prohíbe y manda que el que matare lo maten. Y de ahí adelante se apartaron de ello, y en todo el tiempo que yo estuve en la dicha ciudad nunca se vio matar ni sacrificar alguna criatura.

Los bultos y cuerpos de los ídolos en quien estas gentes creen son de muy mayores estaturas que el cuerpo de un gran hombre. Son hechos de masa de todas las semillas y legumbres que ellos comen, molidas y mezcladas unas con otras, y amásanlas con sangre de corazones de cuerpos humanos, los cuales abren por los pechos vivos y le sacan el corazón, y de aquella sangre que sale de él amasan aquella harina, y así hacen tanta cantidad cuanto basta para hacer aquellas estatuas grandes. Y también después de hechas les ofrecían más corazones, que asimismo les sacrificaban, y les untan las caras con la sangre. A cada cosa tienen su ídolo dedicado, al uso de los gentiles, que antiguamente honraban sus dioses.

Por manera que para pedir favor para la guerra tienen un ídolo, y para sus labranzas otro; y así, para cada cosa de las que ellos quieren o desean que se hagan bien, tienen sus ídolos a quien honran y sirven.

Hay en esta gran ciudad muchas casas muy buenas y muy grandes, y la causa de haber tantas casas principales es que todos los señores de la tierra vasallos del dicho Mutezuma tienen sus casas en la dicha ciudad y residen en ella cierto tiempo del año; y además de esto, hay en ella muchos ciudadanos ricos, que tienen asimismo muy buenas casas. Todos ellos, además de tener muy buenos y grandes aposentamientos, tienen muy gentiles vergeles de flores de diversas maneras, así en los aposentamientos altos como bajos. Por la una calzada que a esta gran ciudad entran vienen dos caños de argamasa, tan anchos como dos pasos cada uno, y tan altos casi como un estado, y por el uno de ellos viene un golpe de agua dulce muy buena, del gordor de un cuerpo de hombre, que va a dar al cuerpo de la ciudad, de que se sirven y beben todos. El otro, que va vacío, es para cuando quieren limpiar el otro caño, porque echan allí el agua en tanto que se limpia; y porque el agua ha de pasar por las puentes, a causa de las quebradas, por do atraviesa el agua salada, echan la dulce por unas canales tan gruesas como un buey, que son de la longura de las dichas puentes, y así se sirve toda la ciudad.

Traen a vender el agua por canoas por todas las calles, y la manera de como la toman del caño es que llegan las canoas debajo de las puentes por do están las canales, y de allí hay hombres en lo alto que hinchén las canoas, y les pagan por ello su trabajo. En todas las entradas de la ciudad y en las partes donde descargan las canoas, que es donde viene la más cantidad de los mantenimientos que entran en la ciudad, hay chozas hechas, donde están personas por guardas y que reciben *certum quid* de cada cosa que entra. Esto no se si lo lleva el señor o si es propio para la ciudad; porque hasta ahora no le he alcanzado; pero creo que para el señor, porque en otros mercados de otras provincias se ha visto coger aquel derecho para el señor de ellas. Hay en todos los mercados y lugares públicos de la dicha ciudad, todos los días, muchas personas trabajadoras y maestros de todos oficios, esperando quien los alquile por sus jornales. La gente de esta ciudad es de más manera y primor en su vestido y servicio que no la otra de estas otras provincias y ciudades, porque como allí estaba siempre este señor Mutezuma, y todos los señores sus vasa-

llos ocurrían siempre a la ciudad, había en ella más manera y policía en todas las cosas. Y por no ser más prolijo en la relación de las cosas de esta gran ciudad (aunque no acabaría tan aína) no quiero decir más sino que en su servicio y trato de la gente de ella hay la manera casi de vivir que en España, y con tanto concierto y orden como allá, y que considerando esta gente ser bárbara y tan apartada del conocimiento de Dios y de la comunicación de otras naciones de razón, es cosa admirable ver la que tienen en todas las cosas.

En lo del servicio de Muteczuma y de las cosas de administración que tenía por grandeza y estado hay tanto que escribir, que certifico a vuestra alteza que no sé por do comenzar que pueda acabar de decir alguna parte de ellas; porque, como ya he dicho, ¿que más grandeza puede ser que un señor bárbaro como éste tuviese contrahechas de oro y plata y piedras y plumas todas las cosas que debajo del cielo hay en su señoría, tan al natural lo de oro y plata que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma que ni de cera ni en ningún broslado se podría hacer tan maravillosamente? El señoría de tierras que este Muteczuma tenía no se ha podido alcanzar cuánto era, porque a ninguna parte, doscientas leguas de un cabo y de otro de aquella su gran ciudad, enviaba sus mensajeros que no fuese cumplido su mandato, aunque había algunas provincias en medio de estas tierras con quien él tenía guerra. Pero lo que se alcanzó, y yo de él pude comprender, era su señoría parte casi como España, porque hasta sesenta leguas de esta parte de Putunchan, que es el río de Grijalva, envió mensajeros a que se dicesen por vasallos de vuestra majestad los naturales de una ciudad que se dice Cumatán, que había desde la gran ciudad a ella doscientas y treinta leguas; porque las ciento y cincuenta yo he hecho andar a los españoles. Todos los más de los señores de estas tierras y provincias, en especial los comarcanos, residían, como ya he dicho, mucho tiempo del año en aquella gran ciudad, y todos o los más tenían sus hijos primogénitos en el servicio del dicho Muteczuma. En todos los señorios de estos señores tenía fuerzas hechas, y en ellas gente suya, y sus gobernadores y cogedores del servicio y renta que de cada provincia le daban, y había cuenta y razón de lo que cada uno era obligado a dar, porque tienen caracteres y figuras escritas en el papel que hacen, por donde se entienden. Cada una de esta provincias servía con su gente

ro de servicio, según la calidad de la tierra; por manera que a su poder venía toda suerte de cosas que en las dichas provincias había. Era tan temido de todos, así presentes como ausentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más. Tenía, así fuera de la ciudad como dentro, muchas casas de placer, y cada una de su manera de pasatiempo, tan bien labradas cuanto se podría decir, y cuales requerían ser para un gran príncipe y señor. Tenía dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecería casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. Y por tanto no me porné en expresar cosa de ellas, más de que en España no hay su semejante. Tenía una casa poco menos buena que ésta, donde tenía un muy hermoso jardín con ciertos miradores que salían sobre él, y los mármoles y lozas de ellos eran de jaspé, muy bien obradas. Había en esta casa aposentamientos para se aposentar dos muy grandes príncipes con todo su servicio. En esta casa tenía diez estanques de agua, donde tenía todos sus linajes de aves de agua que en estas partes se hallan, que son muchos y diversos, todas domésticas; y para las aves que se crían en la mar eran los estanques de agua salada, y para las de ríos, lagunas de agua dulce; la cual agua vaciaban de cierto a cierto tiempo por la limpieza, y la tornaban a henchir por sus caños; y a cada género de aves se daba aquel mantenimiento que era propio a su natural y con que ellas en el campo se mantenían. De forma que a las que comían pescado se lo daban, y las que gusanos, gusanos, y las que maíz, maíz, y las que otras semillas más menudas, por consiguiente se las daban. Y certifico a vuestra alteza que a las aves que solamente comían pescado se les daba cada día diez arrobas de él, que se toma de la laguna salada. Había para tener cargo de estas aves trescientos hombres, que en ninguna otra cosa entendían. Había otros hombres que solamente entendían en curar las aves que adolecían. Sobre cada alberca y estanques de estas aves había sus corredores y miradores muy gentilmente labrados, donde el dicho Muteczuma se venía a recrear y a las ver. Tenía en esta casa un cuarto en que tenía hombres y mujeres y niños blancos de su nacimiento en el rostro y cuerpo y cabellos y cejas y pestañas. Tenía otra casa muy hermosa, donde tenía un gran patio losado de muy gentiles lozas, todo él hecho a manera de un juego de ajedrez. Y las casas eran hondas cuanto estado y medio, y tan grandes como seis pasos en cuadra; y la mitad de cada una de estas casas era cubierta el soterrado de lozas, y la mitad que queda-

ha por cubrir tenía encima una red de palo muy bien hecha; y en cada una de estas casas había un ave de rapaña, comenzando de cernícalo hasta la águila, todas cuantas se hallan en España, y muchas más reales que allá no se han visto. Y de cada una de estas reales había mucha cantidad, y en lo cubierto de cada una de estas casas había un palo, como alcañal, y otro fuera debajo de la red, que en el uno estaban de noche y cuando llovía y en el otro se podían salir al sol y al aire a curarse. A todas estas aves daban todos los días de comer gallinas, y no otro mantenimiento. Había en esta casa ciertas salas grandes, bajas, todas llenas de jaulas grandes, de muy gruesos maderos, muy bien labrados y encajados, y en todas o en las más había leones, tigres, lobos, zorras y gatos de diversas maneras, y de todos en cantidad, a las cuales daban de comer gallinas cuantas les bastaban. Y para estos animales y aves había otros trescientos hombres, que tenían cargo de ellos. Tenía otra casa donde tenía muchos hombres y miferes monstruos, en que había cranos, corcovados y contraherchos, y otros con otras disformidades, y cada una manera de monstruos en su cuarto por sí; y también había para éstos personas dedicadas para tener cargo de ellos. Y las otras cosas de placer que tenía en su ciudad dejó de decir, por ser muchas y de muchas calidades.

La manera de su servicio era que todos los días luego en amaneciendo eran en su casa de seiscientos señores y personas principales, los cuales se sentaban, y otros andaban por unas salas y corredores que habían en la dicha casa, y allí estaban hablando y pasando tiempo, sin entrar donde su persona estaba. Y los servidores de éstos y personas de quien se acompañaban henchían dos o tres grandes patios y la calle, que era muy grande. Y éstos estaban sin salir de allí todo el día hasta la noche. Y al tiempo que traían de comer al dicho Mutezuma, asimismo lo traían a todos aquellos señores tan cumplidamente cuanto a su persona, y también a los servidores y gentes de éstos les daban sus raciones. Había cotidianamente la dispensa y botillería abierta para todos aquellos que quisiesen comer y beber. La manera de cómo les daban de comer es que venían, trescientos o cuatrocientos manebos con el manjar, que era sin cuento, porque todas las veces que comía y cenaba le traían de todas las maneras de manjares, así de carnes como de pescados y frutas y yerbas que en toda la tierra se podía haber. Y porque la tierra es fría, traían debajo de cada plato y escudilla de manjar un brasero con

brasa, porque no se enfriase. Poníanle todos los manjares juntos en una gran sala en que él comía, que casi toda se henchía, la cual estaba toda muy bien esterada y muy limpia, y él estaba sentado en una almohada de cuero pequeña muy bien hecha. Al tiempo que comía estaban allí desviados de él cinco o seis señores ancianos, a los cuales él daba de lo que comía. Y estaba en pie uno de aquellos servidores, que le ponía y alzaba los manjares y pedía a los otros que estaban más afuera lo que era necesario para el servicio. Y al principio y fin de la comida y cena siempre le daban agua a manos, y con la toalla que una vez se limpiaba nunca se limpiaba más, ni tampoco los platos y escudillas en que le traían una vez el manjar se los tornaban a traer, sino siempre nuevos, y así hacían de los braseros. Vestíase todos los días cuatro maneras de vestiduras, todas nuevas, y nunca más se las vestía otra vez. Todos los señores que entraban en su casa no entraban calzados, y cuando iban delante de él algunos que él enviaba a llamar, llevaban la cabeza y ojos inclinados y el cuerpo muy humillado, y hablando con él no le miraban a la cara, lo cual hacían por mucho acatamiento y reverencia. Y sé que lo hacían por este respeto porque ciertos señores reprendían a los españoles diciendo que cuando hablaban con un amigo estaban exentos mirándose la cara, que parecía des-acatamiento y poca vergüenza. Cuando salía fuera el dicho Mutezuma, que era pocas veces, todos los que iban con él y los que topaban por las calles le volvían el rostro, y en ninguna manera le miraban, y todos los demás se postraban hasta que él pasaba. Llevaba siempre delante sí un señor de aquellos con tres varas delgadas altas, que creo se hacía porque se supiese que iba allí su persona. Y cuando lo descendían de las andas, tomaba la una en la mano y llevábala hasta donde iba. Eran tantas y tan diversas las maneras y ceremonias que este señor tenía en su servicio, que era necesario más espacio del que yo al presente tengo para las relatar, y aún mejor memoria para las retener, porque ninguno de los soldados ni otro ningún señor infiel de los que hasta ahora se tiene noticia no eró que tantas ni tales ceremonias en servicio tengan.